

Leonel Castilblanco

Autora: Laura Montoya Hoyos

Me sentía inquieto, no recordaba nada, era como si antes no hubiera existido. Me encontraba en un lugar extraño, creía que era una pesadilla, observaba todo con asombro, ¿Estaré soñando?, ¿Que hago yo en ese sitio inmundo, sombrío, que huele a podredumbre? Trataba de recordar situaciones familiares o buscar algo en mi mente que me conectara con la realidad que estaba enfrentando, pero no podía, por más que lo intentaba no lograba vincularme con nada, mi mente estaba totalmente en blanco.

Levanté la vista y decidí ir a caminar por esas calles, tenía que averiguar dónde me encontraba, buscar algo que me conectara con mi identidad y mi pasado.

Ese pueblo tenía que tener alguna conexión con mis orígenes o si no ¿por qué estaba allí? Aprecié que era un pueblo pequeño, el camino me llevó a una plaza central donde se levantaba una iglesia. Estaba todo en completo silencio, no se escuchaba nada, y las calles se veían totalmente vacías. No veía a nadie, solo caminos largos, maltrechos y acabados que se extendían más allá de mi mirada y algunas sombras que se movían.

—¡Que carajos! ¿en este pueblo de mierda nadie vive “? ¿que estoy haciendo yo aquí? ¿cómo llegué?

Seguí Caminando como un zombi en medio de ese panorama desolador, estaba algo cojo, me dolía mucho la pierna y el cuello, pude palpar una cicatriz que tenía y que me ardía como una condenada.

De pronto a lo lejos divisé una sombra, una espesa neblina y una llovizna menuda acompañaba esa noche de luna llena, las hojas rodaban por el suelo con el viento que soplaba lento y sin pausa, solo fantasmas de sombra y luz lo habitaban. Era obvio que eso que divisaba venía hacia mí, albergue la esperanza de encontrarme a alguien que pudiera decirme donde estaba. Miré atentamente, me pareció ver a una mujer, vestía de negro, no le pude ver la cara, la noche estaba muy oscura, solo podía ver como avanzaba entre la neblina, caminé para alcanzarla y preguntarle donde “me encontraba, pero de pronto la perdí, miré hacia atrás, a la derecha, a la izquierda, pero ya no estaba.

Me sentía cansado, fatigado, ya la respiración se me cortaba. Me senté en la banca del parque en medio de esos árboles cenizos ya casi sin vida, podía oír el crujir de las ventanas y a lo lejos se oía el repique de las campanas. Me quedé mirando fijamente la iglesia, se veía que hacía mucho tiempo no se oficiaba misa allí, solo había un viejo sagrario, y unas bancas desbaratadas. La fachada tenía aspecto de Búnker Monolítico, afuera observé una cruz, la misma que colgaba en el interior, me pareció extraño pues esa cruz estaba presente en varias partes, lo cual me hizo pensar que tenía un significado importante para el pueblo, además de allí dentro salía una música de arpa, suave, dulce y penetrante que me dejó intrigado.

Me acerqué hasta la puerta, ya que el olor que salía de la iglesia era bastante fuerte, un sudor frío se apoderó de mí, era una sensación extraña y sobrecogedora, ese ambiente y ese olor me afectaba, lograron confundirme hasta el punto de traer a mi mente imágenes que “no lograba comprender, ¡estaba “desconcertado! ¡Quería tener una explicación para todo esto que me estaba sucediendo, ese olor que me llegaba era muy fuerte, ¡olía a muerte, a sexo, a pecado!, tragué saliva y entré hasta una de las naves centrales.

—¿Hay alguien aquí? ¿Hay alguien aquí? Grité con fuerza y la esperanza de que alguien saliera y me dijera donde me encontraba. A lo lejos divisé un viejo Sacristán que me respondió

—Váyase no perturbe la casa del señor, hoy no recibimos pordioseros. Es día de descanso, y volvió y se entró.

Quise ir a buscarlo, pero ya se había ido y había cerrado con candado la reja que muy seguramente conducía a la sacristía. Allí colgaba un espejo desteñido y oxidado, cuando vi mi reflejo en él, quedé paralizado. Frente a mí, estaba un hombre envejecido, sostenido por un bastón que le ayudaba a dar cada uno de sus pasos, tenía una cicatriz en el cuello, medio encorvado, el pelo pintaba algunas canas, y una mirada triste que reflejaba el dolor en el fondo de sus ojos claros. Vestía un pantalón de paño a rayas, la camisa por fuera, una chaqueta gruesa que le llegaba hasta las rodillas, unos zapatos gastados como si hubiera caminado mucho, empolvados y ya casi sin suela, se veían deteriorados por los años. Ese, que se reflejaba en ese espejo, era yo. Pero ¿quién era, de dónde venía? ¿o hacía donde iba, si era que iba a alguna parte?, el no tener respuestas me llenaba de angustia, y acrecentaba mi zozobra. Respire hondo y decidí seguir caminando para encontrar respuestas.

Sentía como si una maldición permaneciera escrita en el aire de las calles, todo era un testimonio mudo de una historia siniestra y olvidada. solo veía casas y edificios abandonados a punto de caer por su mal estado y algunos otros que paradójicamente estaban muy bien conservados.

Casas cerradas con puertas de madera, desgastadas por el paso de los años. Me sentía como si fuera la única persona que deambulaba por allí en años, podía escuchar el gemido del viento, como un lamento triste de las almas que alguna vez habitaron este pueblo.

Avancé y llegué hasta un establecimiento viejo y rústico, donde salía una luz a través de una puerta, desde afuera se veía que deambulaban sombras y se oían murmullos y voces. Efectivamente, allí había varias personas, pero al parecer no se percataron de mi presencia, no me escuchaban, o no querían hacerlo, apenas me miraban incrédulos casi ignorándome como si no entendieran lo que les preguntaba.

Un relámpago iluminó el recinto y pude ver que detrás de la barra estaba una mujer, ahora sí, pude ver su cara, era joven, pero se veía envejecida, tenía una cabellera negra, larga, recogida en una trenza, se veía bastante voluptuosa, sus caderas anchas y forradas por ese vestidito que a duras penas le llegaba hasta la rodilla, era la mujer que había visto caminar entre la niebla hacía un rato. Me sentí atraído, no sabía por qué, pero me quedé perplejo mirándola.

—Buenas tardes

—¿Qué desea? —me preguntó sin levantar la vista.

—He caminado mucho, y me siento perdido, ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí, ¿será que usted me puede ayudar?

—¿Y Qué hace usted aquí, cómo llegó?

—No lo sé, de pronto un estruendo como el de una bomba me despertó, estaba a las puertas de un cementerio que se veía abandonado, pero no recuerdo nada. Comencé a caminar sin rumbo y aquí estoy.

—No tengo mucho que ofrecerle, en este pueblo ya no queda nada, solo almas que deambulaban por las calles sombrías, en busca de una vida de la que queda muy poco. Usted mismo pudo ver, hasta el cementerio está desocupado, todos los restos fueron trasladados a otro cementerio, el de la Santa Cruz, que queda en la parte baja del pueblo, y que no sufrió tanto con los destrozos que dejó la guerra, muchos restos se perdieron, pero los que lograron rescatar descansan en paz en este sitio.

Yo veía que las personas seguían departiendo como si el tiempo no pasara, se reían a carcajadas, me miraban, y seguían en lo suyo como si yo no les importara.

Afuera, la neblina se hacía cada vez más densa y se lograba colar por las ventanas.

—Disculpe ¿como es su nombre?

—Me llamo Margarita.

—Un lindo nombre, como el de una Flor. Será que puedo permanecer aquí un rato sentado en una silla, le juro que no molestaré a nadie. Solo quiero tomar aire y descansar un poco.

Me puse a observar aquel sitio, las paredes estaban peladas, el piso era de madera, el mobiliario encajaba perfectamente con aquella atmósfera sombría, olía a viejo y como a mentol, era poco acogedor, tanto o más que la gente que lo habitaba. Me venció el cansancio y me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado, levanté la mirada y estaba Doña Margarita ofreciéndome café y pan.

—Muchas gracias, Dios le ha de pagar

—Sr, es mejor que se vaya de este pueblo, aquí no queda nada, los pocos que quedaron y lograron sobrevivir se han marchado ya.

—¿Y usted porque sigue aquí, Doña Margarita?

—Por Terca, porque ya nada espero y nadie me espera.

—¿Y su familia?

—No tengo. Pero tampoco tengo tiempo de quedarme conversando aquí con usted.

Leonel mira a su alrededor y ve que las personas siguen jugando y departiendo, susurran entre ellos como comentando algo, pero no lo determinan.

—¿Y ellos, quiénes son?

—Son algunos de los habitantes del pueblo que vienen a pasar las horas aquí para olvidarse de la rutina y la tristeza que los rodea.

—¿Quién más vive en este pueblo?

—Muchos más, pero hoy es un día especial.

—¿Un día especial? Pregunté

—Si, en este pueblo existe una leyenda que cada 10 años ocurre algo excepcional y como hoy se cumple ese tiempo la gente está a la expectativa, unos se encierran muertos del susto, otros pernoctan aquí, hasta que se cumpla el tiempo, en fin, cada uno hace lo que cree, es más conveniente.

—Que pueblo es este, ¿cómo se llama?

—Se llama Puerto Tenebria y está situado en una Acrópolis, es un caserío prácticamente en ruinas, donde quedan algunas construcciones que se destacan por mantenerse en pie construidas en piedra de yeso, tipo Alabastro. La mayor parte del pueblo está situado abajo en el valle, ¿Todavía no ha estado por allá?

—No, todavía no he estado

—Se dice que Puerto Tenebria está inmerso entre dos mundos, uno prácticamente destruido con casas desvencijadas, y otro, que se divisa en el valle, que evoca el fantasma del pasado, con construcciones que se mantienen en pie y que no sufrieron tanto daño. En ese lado del pueblo se encuentra numerosas quebradas e imponente vegetación que contrasta con la aridez del paisaje. Su temperatura oscila entre 17 y 22 grados centígrados. Es un sitio que a pesar de los desastres de la guerra aún conserva la magia de sus paisajes, el verdor de sus colinas, y el cristalino de sus aguas.

No quise molestar más a esa querida señora que tan amablemente se había portado conmigo, no sabía qué hacer, a donde dirigirme, pero seguí mi camino, me sentía con más fuerza después de la comida y el descanso, así que lo que le quedaba era averiguar quién era, y como estaba allí.

Descubrí una fascinante panorámica del otro lado de puerto Tenebria, abajo, a lo lejos, se podía divisar un extenso valle hundido entre la montaña. Nunca creí que me encontraría con semejante vista en un pueblo que parecía solo un moridero. La extrema luminosidad del día resaltaba los colores de la naturaleza. Me encantó ver en el horizonte como se dibujaba la belleza del valle, ese verde que se mezclaba con el color pardo de la tierra y el azul del cielo, allí, se podía observar que está concentrado la mayor parte del pueblo y en mi alma, entró por primera vez desde que estaba allí, una extraña sensación de tranquilidad y alegría.

Recordé a Doña Margarita, quería apartarla de mi mente, pero su imagen me seguía, su cuerpo, su mirada penetrante, podía oler su perfume a azahar y jazmín, sentía que me acechaba por todas partes.

Tenía que hacer algo, no podía seguir deambulando por esas calles sin rumbo alguno, así, que pensé, que tenía que trabajar para mantenerme.

En el ambiente se respiraba un aura de misterio, que me llevaba a considerar la posibilidad de que todo esto era un sueño, continúe caminando, a pesar de lo enigmático, se veía un pueblo mágico, llegué a la explanada y divisé al fondo, dos posadas, la posada de Marina y otra que me llamó la atención por enigmática, una vieja librería, un granero, una estación de policía deshabitada, un centro médico que más parecía una casucha desbaratada, y el cementerio de La cruz al que había hecho referencia doña Margarita.

Decidí optar por la posada que no tenía nombre y se veía enigmática además se veía limpia y ordenada — Buenos días, señor. —Buenos días, respondió el camarero,

—Me da un café bien negro por favor y ojalá grandecito quiero recargarme un poco.

—Claro que sí, ya mismo.

—Este lado del pueblo es muy bello, nada que ver con el que dejé allá arriba.

—Arriba solo viven los muertos vivientes, aquí abajo vivimos los que buscamos y anhelamos la vida. —

Mucho gusto me llamo Ambrosio, soy el ayudante de doña Margarita la dueña de la posada.

—¿Doña Margarita?, yo conocí una mujer con ese nombre, allá arriba, al otro lado del pueblo.

—Es la misma Doña Margarita, es muy importante para todos los residentes de puerto Tenebria es como la manda más.

—¿Y atiende los dos sitios?

—No hombre, cómo se le ocurre, a lo mejor estaba por allá dando vuelta. Le repito: ella es la dueña de esta posada.

Inmediatamente volvía a recordar sus ojos, su cuerpo su mirada, quería volver a verla.

—¿Y, a ella cuando puedo encontrarla aquí? Yo no había terminado de hacer la pregunta cuando ingresó ella—. ¿Cómo, usted todavía por aquí?

—Si señora, y por aquí me voy a quedar, me está comenzando a gustar este pueblo. Su ayudante el sr Ambrosio, me ha atendido muy bien.

—¿Ya recordó quién era? ¿Que vino a hacer a nuestro pueblo?

—En esas ando, querida señora, creo que debí sufrir algún golpe y por eso no recuerdo nada, tal vez sea bueno que me haga ver de algún médico aquí. ¿Me podrían indicar dónde queda el Hospital? A propósito, ¿me podría facilitar el periódico?

—Noooo por aquí el periódico llega cada año por la cuaresma, cuando lo recibimos, ya lo que cuentan son sucesos pasados, este pueblo está muy escondido, Y Hospital como tal, no hay. Tenemos un médico que atiende en el centro de salud del pueblo. Mire queda allí mismo. Doña Margarita le indicó con el dedo la ubicación. Pero antes vale la pena asearse, aquí puede permanecer algunos días mientras encuentra algo que hacer o por lo menos se acuerda de quién es y podamos ayudarle a buscar a su familia

—Muchas gracias Doña Margarita, es usted muy amable. Dios le ha de pagar.

Aproveché para ducharme y afeitarme, no podía seguir pareciendo un pordiosero, me cambié de ropa con un pantalón y una camisa que Doña Margarita me regaló, después supe que esto era de Ambrosio, al que no le había hecho ninguna gracia, a partir de ese momento él cambió mucho, se volvió tosco y agrio conmigo.

Mi aspecto estaba terrible, ¡apestaba! Después de ese baño reparador decidí recomponer mi vida y si no recordaba nada, por lo menos aventurarme a comenzar una nueva vida.

Después de volverme a mirar en el espejo, casi que no me reconozco. Era otro totalmente, parecía 20 años más joven, mi aspecto estaba renovado. Salí de la habitación y atravesé el pasillo, detuve la vista para ver la luz que entraba por la ventana, el sol brillaba como nunca antes lo había visto, el paisaje se veía reluciente lleno de colores ocre, verdes y rojizos. De repente me encontré con una mirada inquisidora, unos ojos aterradores que me miraban y desnudaban el alma.

—¿Va a seguir usted en este pueblo?

—¿Perdone, quién es usted?

—Soy el sacristán, ¿acaso ya no me recuerda?

—La verdad, ayer no alcancé a verle la cara y creo que usted, a mí tampoco.

—¡No crea! ¡Yo sé más de lo que usted piensa!

—¿Y si sabe tanto, me podría decir quién soy yo? ¿Y qué hago aquí?

—Eso no me compete a mí.

En ese momento entró doña Margarita quien al ver a Leonel exclamó

—¡Por Dios Leonel! No parece usted el mismo.

—Gracias a usted Doña Margarita, ahora, dígame, ¿en qué le puedo ayudar? tengo que compensar en algo lo que usted ha hecho por mí, es la única persona que me auxiliado en este pueblo.

—Es que en puerto Tenebria ayudamos solo a los vivos... —dijo el Sacristán bajando el tono de voz.

—¡Supersticioso! Lo regañó Doña Margarita con un tono impetuoso. No le haga caso Leonel, él nunca sabe lo que dice. Más bien ayúdeme atendiendo el lugar u organizando un poco las cosas.

El estar allí me conducía a un estado de plenitud como si no quisiera seguir averiguando, me olvidaba por completo, que ni siquiera sabía cuál era mi verdadera identidad.

—¿Qué día es la misa en la iglesia?, le pregunté al sacristán queriendo ser un poco amable con él y romper el hielo.

—Allá no hay misa, y deje de preguntar tanto, aléjese de aquí, usted no tiene nada que hacer en puerto Tenebría. Usted, es el mismísimo Diablo.

—Haga lo que le dice el sacristán, a mí también ya está empezando a molestarme su presencia, le dijo Ambrosio.

—Si supiera quien soy o a donde debería ir, tengan por seguro que no estaría aquí perdiendo el tiempo con ustedes.

—¡Por Dios! Déjenlo en paz. O seré yo la que los mandaré a ustedes dos pal carajo.

—Doña Margarita, este hombre no debería estar aquí, yo sé por qué se lo digo. Recuerde que estamos en una fecha especial, la época en que los muertos reaparecen para cobrar sus deudas.

—¡Basta ya! Ya les dije y no me obliguen a volver a repetirlo El sacristán era un hombre viejo, encorvado, tenía casi la figura de un gnomo ya que su estatura era pequeña, su nariz grande, vestía unos pantalones grises de tirantas y una camisa a cuadros estilo leñadora, si uno se quedaba observando detenidamente, generaba respeto a pesar de su figura. Yo llegué a pensar que parecía sacado del cuento de Blancanieves ya que parecía el enanito gruñón, y cuando le hice el comentario a Doña Margarita se puso soberbia.

—Más te vale que no metas con ese hombre, tiene poderes malévolos que estoy segura no te gustaría conocer jamás, es un hombre mayor, hábil y bastante inteligente.

—Tranquila Doña Margarita, lo que menos quiero es ocasionarle un disgusto a usted, que se ha portado tan bien conmigo.

Me despedí y subí a la habitación, ya había tenido suficiente por hoy, y mañana tenía que madrugar para ayudar con las labores y ver cómo me conseguía un empleo que me diera por lo menos para pagar los gastos, mientras que veía cómo se iba presentando la situación. Me levanté temprano, salí sin tomar nada y me dispuse a buscar el médico que estaba haciendo el rural. Tenía urgencia de que me viera y pudiera darme algo que me permitiera recobrar la memoria. Ya me comenzaba a impacientar, tal vez en mi casa preocupados por mí, nadie en ese pueblo parecía tener los menores indicios de quién era yo, así que entré y me presenté

—Muy buenos días. Vengo a que me revise porque he perdido la memoria, desperté en este pueblo y no sé qué hago aquí, ni quién soy yo. Tengo imágenes que de repente me llegan, flashbacks que logran confundirme mucho más y me llenan de temor.

Pasamos a su consultorio, a través de una puerta de barrotes de hierro que daba a un pequeño cuarto que tenía un techo como el de una bóveda, las paredes levantadas en piedra, allí mismo había una especie de cama en la que se veía que él dormía, porque más que su consultorio parecía su cuarto. Me invitó a sentarme y comenzó a indagarme con una serie de preguntas que no tenía cómo responder.

—Este viaje puede durar unos días, meses, e inclusive años y generalmente ocurre, por un acontecimiento emocionalmente traumático tan doloroso que la mente parece desconectarse y borrarlo todo.

—¿Y que debo hacer? ¿Cómo podré conseguir mi identidad de nuevo? Dr puedo tener hijos, esposa, me deben estar buscando, ¡Dios esto es una pesadilla!

—Tu cerebro está en blanco, es más, parece el de un niño que apenas comienza a descubrir el mundo. No hay medicinas para eso, lo único que queda es esperar, nuestra medicina se basa en la sabiduría de antaño, se nos es transmitida de generación en generación y yo puedo aplicarla contigo. Lo único que queda, es buscar alguna conexión con tu pasado por mínima que sea. A partir de allí podemos comenzar a trabajar.

Me fui triste, más desorientado que antes. Pero de repente recordé que el sacristán sabía algo más que no había querido decirme, así que decidí buscarlo de nuevo para preguntarle. Al entrar a la posada me recibió doña Margarita

—¡Por Dios!, ¿donde te habías metido? Ya estaba preocupada.

—Hola Doña Margarita, disculpe que me fui sin decirle nada, estaba donde el médico del pueblo, necesitaba que me revisara y me diera algo que permitiera recuperar mi memoria.

—Tranquilo, debe tener calma, lo abrazó en su regazo, si se desespera no conseguirá reponerse.

En ese momento me llegaron sombras de un recuerdo vago, me daba la sensación de que estaba en mi hogar y recibía abrigo, cariño, comprensión y ayuda. Doña Margarita no era ajena a mí, esa Señora. me lograba despertar las pasiones más arrolladoras, mi cuerpo se estremecía, me excitaba su sola presencia. Vestía una falda azul turquesa y una blusa negra semitransparente de encajes donde perfectamente se le podían ver los senos. Me tomó del brazo y subimos por la escalera hasta su cuarto, cerró con llave comenzó a besarme, y yo respondí gustoso a esos labios carnosos, nos arrancamos la ropa de un solo tajo, se veía que tanto ella como yo, teníamos la necesidad de sexo, estábamos descontrolados, jadeantes, llenos de una pasión desenfadada. Yo me sentía loco por ella, la deseaba con locura, la fuerza de mi cuerpo se había adueñado de mi alma y respondí besándola, mordéndola, apretándola con mi cuerpo, y suaves embestidas que nos dejaron exhaustos hasta perder la conciencia.

Cuando desperté estaba abrazado a Doña Margarita. Me sentía apenado, pero a la vez sentía una paz desconocida, es como si mi cuerpo, mi mente y mi espíritu, se sintieran completos. El cuarto era bastante pequeño, solo tenía la cama, la mesita de noche y un escaparate en el que se veía guardaba su ropa, sobre la mesita de noche, había un pequeño farol con el que alumbraba toda la habitación

Doña Margarita me miró, sus ojos resplandecían.

—No sé quién eres y de dónde vienes, lo cierto es, que pareciera que te conociera de toda la vida. Creo que apenas recuerdes tu memoria y tengas que irte, voy a morir de tristeza. Yo la miré con los ojos de mi corazón y le respondí: —Creo que he sido suyo toda la vida y es por eso que el destino me ha traído hasta aquí, Doña Margarita.

—Por favor no me digas doña

—Está bien. Margarita. Quiero colaborar,, tengo que sentirme útil, de alguna manera le tengo que agradecer todo lo que usted ha hecho por mí.

—Leonel no se afane con eso. Usted está demasiado pálido, desde que lo vi por primera vez me llamó la atención eso. No sea que esté enfermo y no quiero correr riesgos.

—Está bien, pero quiero ir de nuevo a buscar al Sacristán, creo que tiene que responderme algunas preguntas.

—Tienes que tener cuidado, ese hombre es un engendro del demonio, dicen que tiene el poder de la inmortalidad, y por eso sabe todos los secretos de este pueblo.

—No se preocupe, sabré cuidarme.

—Tengo ropa y zapatos nuevos para usted, esos que tiene no le aguantan un paso más.

“—Qué pena con usted, no debe molestarse tanto por, mí

—Olvídese de eso, cuando recupere su memoria ya habrá tiempo de pagarme todo.

Me duché y me vestí con la ropa que me había regalado Margarita, un Jean y una camiseta roja, a ver si me subían los colores, estaba tan pálido que alumbraba. Me puse los tenis nuevos y la verdad sentí que flotaba, esos otros zapatos estaban hechos hilachas. Me toqué la cabeza y me sacudí— Tengo que apurarme e ir a buscar al sacristán.

—Puedes esperar a mañana, está muy tarde y desplazarte al otro lado de Puerto Tenebria a estas horas es peligroso, ya sabes que ese lado del pueblo es escabroso. —Perdóname que no pueda esperar, tengo que ir a buscarlo ahora, mañana puede ser tarde para mí.

La negrura de la noche parecía la boca de un lobo. Para llegar hasta el otro lado de puerto Tenebria necesitaba atravesar todo el pueblo, regresar allí me producía miedo, el silencio era sepulcral, mis pies caminaban de prisa entre la densa neblina que acompañaba la noche, sentía mi respiración agitada, pero la ansiedad de encontrar al sacristán me daba el valor para seguir adelante.

Cuando llegué descubrí que la puerta estaba abierta, entré a la Iglesia y me dirigí de inmediato a la reja, se veía el resplandor de una luz tenue, lo que me hizo suponer que allí estaba, pero esa ligera penumbra me intimidaba. Alguien detrás de mí llamó mi atención, era un hombre de pelo largo y barba gris abundante, gafas redondas de marco dorado, traje negro, corbata negra, sombrero. Parecía un anciano sabio, sin embargo, para la edad que se veía que tenía estaba bastante bien, su físico era envidiable.

—¿Quién es usted? Pregunté

—¿Tampoco me recuerdas?

—No creo haberlo visto antes.

—Claro que sí, tu yo tenemos un pacto y parece que lo estás rompiendo.

—¿Pacto? De qué pacto habla, yo no lo conozco.

—Que fácil olvida usted las caras, soy el sacristán.

—El Sacristán, ¿Pero que distinto está usted?, no parece usted el mismo que he visto estos días.

—La ropa no hace al monje, pero si lo dignifica querido amigo.

—Pues, que bueno encontrarlo, me urge tener una charla con usted.

Sospeché que sabía todo de mí, de mi familia, de mi vida, de mis antepasados, mientras que yo no recordaba nada.

—Sé para qué me está buscando, pero estoy seguro que no le gustará para nada descubrir la verdad.

—Eso déjemelo a mi querido Sacristán

El sacristán sacó un cofre bastante empolvado.

—Aquí está todo lo que usted está buscando, solo que para abrirlo deberá matarme porque yo no le voy a entregar la llave.

Un rayo cayó en la iglesia. Las imágenes iban, venían, y pasaban por mi mente con una crueldad despiadada, veía sangre, muerte, dolor, gritos, llanto, explosiones. Mi cabeza quería reventarse.

Sabía que era el sacristán el que estaba produciendo esas imágenes en mi cerebro. Así que le grité

—¡Para!, ¡Para! que me vas a reventar la cabeza en mil pedazos

—¡Yo sé que tú sabes todo de mí, así que dime de una vez por todas quién soy y que hago en este pueblo de mierda!

—Un engendro del demonio como tú, no puede profanar este sitio santo.

De pronto se oye una voz como de ultratumba

—¡Basta vieja Clarisa! tienes el deber de entregarle el cofre que le pertenece, a pesar de la maldad de sus acciones, debe descubrir quién es y cargar con el peso de sus culpas.

—¡Clarissa!, ¿como así, no es el Sacristán?

—La verdad es que siempre ha sido la vieja bruja Clarissa, Nunca ha usado su magia para cosas buenas, adopta diferentes personalidades entre esas la de el sacristán.

—Lizbeth vete de aquí, no te metas en lo que no te importa.

Me sentía aturdido, todo me daba vueltas, me sostuve del atril para no caerme, al lado en la mesa donde se celebra la misa vi un periódico, inmediatamente lo tomé en mis manos, era un periódico descuadernado, amarillento, que olía a moho, viejo y quebradizo; cuando lo tomé, de milagro no se me deshizo entre las manos. Me puse a observar y vi mi fotografía en esa página, ¡ese era yo! ¡Estaba seguro!, pues coincidía con la imagen que había visto reflejada en el espejo de la sacristía allí mismo el día anterior y en el espejo de la casa de Doña Margarita. La letra estaba deteriorada, pero yo con mucho esfuerzo pude leer la noticia:

La bomba que paró el tiempo en Puerto Tenebria

La explosión de la bomba atómica se registró a las 8:15 de la mañana. El protagonista de la foto es Leonel Castilblanco el mayor terrorista de los últimos tiempos. Su muerte se da en el lugar de la explosión. El pueblo de Puerto Tenebria queda prácticamente destruido, miles de personas han muerto como consecuencia de este hecho. En la fotografía se aprecia la enorme nube de humo, resultado de los enormes incendios masivos.

— ¡Dios, ese soy yo!

Pero ¿Qué fecha tenía ese periódico que estaba ya deshecho? Efectivamente, cuando lo miré, quedé desconcertado, ese periódico estaba fechado el 1 de Septiembre de 1.945

—Dame las llaves de ese cofre.

—No te las daré, porque ese cofre ha permanecido cerrado hasta hoy, nunca has podido abrirlo y hoy tampoco lo harás. Tu castigo es errar por el mundo como un alma en pena.

Me llené de ira, tenía que acabar con esta incertidumbre. Un fuerte viento como un torbellino Le arrebató el cofre al sacristán y este se estrelló contra el piso. Al caer, me di cuenta que allí solo había hojas deshechas por el paso de los años, solo quedaba una foto envejecida en la que muy claramente vi que era Margarita. En ese momento todo el pueblo de puerto tenebria tembló, comenzó a caer escombros, se fue la luz, todo quedó completamente oscuro. Era el fin.

Una cantidad de imágenes pasan como una película por mi mente. Sé que estoy de regreso. Recuerdo todo perfectamente. Llegan hasta mí, recuerdos de mi niñez, mi adolescencia, mi matrimonio con Margarita, el fallecimiento de mis padres, el de mi abuela. De mi familia solo quedé yo, sobreviví a la desgracia, tocándome enfrentar un nuevo escenario de vida y sacar fuerzas de donde ya no tenía para seguir avanzando. Fue la época más desdichada y todo lo que me condujo a ser el hombre tan despreciable que llegué a ser. Observo a mi alrededor y veo que estoy de nuevo en donde me desperté, a las puertas del cementerio, pero esta vez, no es el cementerio baldío, estoy en el Cementerio de la Santa Cruz de puerto tenebria, ese donde reposan los cuerpos que alguna vez lograron ser recuperados y enterrados de nuevo. Estoy donde nunca debí haber salido, me siento exhausto, limpio el sudor de mi frente con mis manos torpes y cansadas.

Me doy cuenta que la mañana está casi tan oscura como la noche y llueve a cántaros, siento el corazón desbocado como si se me quisiera salir del pecho. La cicatriz que tengo en el cuello me duele más que de "costumbre, pero ese dolor ya desaparecerá para siempre, porque todo, ya está hecho.

Levanto la mirada y veo a mi Margarita, mi amor eterno, esa que nunca me ha desamparado, ni en la vida, ni en la muerte.

—Margarita como quisiera comenzar de nuevo.

—Leonel, ¡No quiero perderte! No encuentro explicación a esto.

—Tranquila, no me perderás, ¡ahora si estaremos juntos para siempre!. Hay cosas que están ahí, aunque no las creas y de verdad existen. Tu y yo somos una de ellas, ya cumplí, ahora debo partir de nuevo y ahora sí, ¡para siempre! Es hora de descansar en paz.

Es tanto el dolor que caigo inconsciente otra vez sumido en ese sueño profundo que durará toda la eternidad.